

TEMA:

Misiones y Misioneros de la Congregación

La itinerancia como característica de la misión

Israel Arévalo Muñoz, C.M.

*“Cuando salieron, recorrieron los pueblos
anunciando la Buena Noticia y sanando
enfermos por todas partes” (Lc 9,6).*

1. Introducción

La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual, de Su Santidad Francisco, nos lanza una vez más a la misión itinerante: “...quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (Francisco, 2013). Se advierte, pues, que la misión es de itinerancia; que la evangelización es una tarea de itinerantes y está determinada por los itinerarios. El término misión tiene un marcado sentido móvil y movilizador, porque actualiza la propuesta de Jesús que envía a ir hacia: “Vayan... y evangelicen a toda la creación” (Mc 15,16). La peregrinación misionera marca a una Iglesia en movimiento, centrada en Cristo y volcada a los pueblos, al servicio del Reino (Galli, 2014).

La itinerancia, como condición del pueblo de Dios, como estilo propio de Jesús y sus apóstoles, como manera de concebir y realizar la misión popular Vicente de Paúl y como exigencia de la actual cultura posmoderna, implica un “camino”, un itinerario, con etapas bien definidas, instrucciones, actitudes y contenidos concretos. En la primera parte del propósito de su Santidad Francisco queda claro: “Invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría”. Así, pues, la itinerancia es de personas alegres, comprometidas con la causa de Jesús, que no se aferran a oficios, metodologías, lugares, obras o personas, sino que “llenen el corazón y la vida entera encontrándose con Jesús, dejándose salvar por Él, sintiendo que son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1).

Cada paso del misionero itinerante es conquista de libertad y renacimiento de la alegría en sí mismo y en las comunidades por él acompañadas. Es apertura de las culturas al Evangelio, es compromiso con la transformación del mundo desde esa fuerza dinámica de la Buena Nueva. Es fuerza interior que sólo logra encausarse cuando percibe que la acción que se desarrolla y el plan que se abraza realmente es moción del Espíritu y correspondencia con la voluntad divina.

En la segunda parte del objetivo del programa de Francisco está: "*Indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años*". El misionero itinerante abre caminos, explora nuevas realidades o profundiza en las ya experimentadas para construir propuestas, pues la marcha no puede detenerse, ni tampoco su propia búsqueda y su encargo. El Papa entiende de caminos misioneros de varios días con largos viajes anuales para visitar aldeas... Sabe de encuentros de los misioneros itinerantes de órdenes religiosas o de sociedades de vida apostólica que revisan continuamente su misión en confrontación con las intuiciones de sus Fundadores y del Concilio Vaticano II, y que releen la misión en cada contexto pensando en la urgencia de su ejercicio misionero para comprender lo que realizan y para sondear la fidelidad al carisma específico y a los requerimientos de los actuales tiempos, tomando conciencia de la pertinencia de la misión hoy. Esta línea pastoral de Aparecida y de Francisco se simboliza en la palabra periferias y se abre a varios interlocutores: los pobres, sufrientes, alejados y migrantes.

Así nos mueve a ir al encuentro de todos, creyentes o no creyentes, en los centros urbanos, las periferias suburbanas y las regiones del campo. Francisco convoca a imaginar caminos para que la Iglesia sea "una comunidad atractiva por el amor", y retoma constantemente las convicciones de Aparecida, entre ellas: la comunión en el amor, la pastoral misionera, la atracción por el testimonio, la urgente conversión pastoral, la salida hacia el encuentro, las periferias sociales y existenciales, la maternidad de la Iglesia, el pueblo de Dios como la casa común, en especial de los pobres. Y Aparecida convoca a una conversión pastoral para salir al encuentro misionero de todos (Galli, 2014). También sabemos que para Vicente de Paúl ser misionero itinerante es una forma de ponerse totalmente a la disposición de Dios con el único fin de evangelizar a los pobres (Tsangandahy, 1997).

2. Importancia de la itinerancia

2.1. La itinerancia del Pueblo de Dios

Carlos Mesters y su equipo bíblico, en el fascículo *la formación del pueblo de Dios*, afirma que "la Biblia debe ser leída con la "cabeza", con el "corazón" y con los "pies". ¡Los pies son importantes! La Biblia apareció como fruto de un caminar. Sólo cuando ponemos nuestros

pies en el mismo camino que ellos, podremos darnos cuenta de la totalidad del mensaje que la Biblia nos da. Y su caminar era el siguiente: “Un pueblo oprimido que, en nombre de su fe en Dios, se metió en una práctica liberadora para crear una convivencia humana igualitaria y así realizar el Proyecto de Dios, la voluntad de Dios” (Mester, 1997).

Para ilustrar la itinerancia como situación del pueblo elegido, el Pentateuco, además de decirnos quién es Dios, nos ofrece los trazos esenciales del pueblo querido por Dios para realizar su proyecto salvador. Los hechos que se narran tienen unidad y horizonte en un espacio geográfico surcado de itinerarios que van desde los confines de Siria en el norte, a Egipto en el suroeste; de las fronteras con Mesopotamia al Mediterráneo y de éste al desierto de Arabia. En esta unidad geográfica se cruzan protagonistas como los patriarcas y Moisés, y se nos transmiten recuerdos, hechos importantes como la salida de Egipto o la permanencia en el desierto, momentos de crisis y otras situaciones por las que pasa el pueblo en su propósito de ser una nación, marcando una historia y afianzando una orientación profética y sapiencial. En una paralela historia de salvación y de prevaricación se llega al desierto, que representa el tiempo del amor juvenil de Israel y su Dios. Ese amor divino, incomprendido casi siempre pero fiel a sí mismo, asiste y conduce al pueblo hasta las puertas de la tierra que un día prometiera Dios a los patriarcas. Hasta hacerse celebración pascual de liberación y alianza (Biblia, 1995).

Así la geografía que recorrió Israel, escenario de su itinerancia, sirvió a los profetas para hacer de la historia el lugar teológico, haciendo profecía con la lectura creyente de la historia. Es, pues, la vivencia de una historia que resulta interpelante, que no está destinada simplemente a informar, sino que en sí misma es ya un anuncio de la buena nueva de la salvación. Los acontecimientos de ese itinerario del pueblo de Dios se asumen como un canto a la justicia divina, como un llamamiento a la conversión y como una puerta abierta a la esperanza. Si bien al pecado seguía el castigo, también es cierto que al pecado y al castigo debían seguir la conversión y la liberación. Así, pues, como un caminar en la fe, la historia bíblica es al mismo tiempo proclamación y propagación de esa misma fe. Es una historia kerygmática, donde los artículos de la fe israelita no son verdades abstractas, sino evidencias de las intervenciones y acontecimientos salvíficos de Dios en favor de su pueblo. Israel conoció a Dios no sólo con la cabeza y el corazón sino también con los pies.

Israel es esencialmente un “pueblo peregrino”. Su Dios es el Dios de sus padres nómadas. Un Dios que no se deja situar ni mantener dentro de una circunscripción local, sino que acompaña a los suyos, en los diversos lugares y tiempos.

Por eso no es extraño que el concepto “pueblo de Yahvé” o “mi pueblo” esté documentado con frecuencia en la más antigua tradición del

éxodo (Ex 3,7-10; 8,16-19; 9,1-13; 10,3). El Dios de Israel es “el Dios del éxodo”, y consiguientemente el pueblo de Dios es el pueblo del éxodo, “el pueblo que posee unidad por ser el de los seguidores del único Dios”. El fundamento de esta característica del pueblo de Dios ha de buscarse una vez más en su origen nómada (o seminómada). En los relatos bíblicos alusivos al éxodo se ofrece un paradigma de los diversos problemas que afectarán al pueblo en su marcha hacia la tierra prometida. Caminar por el desierto significa enfrentarse a la sed, al hambre, a los enemigos, cosas que pueden provocar reacciones negativas y dudas de fe. Supone también la posibilidad de encontrar amigos. Y es lógico que se plantee la necesidad de distribuir las tareas y responsabilidades (Alfaro, 1984). Este esquema lógico que encontramos en la sucesión de los episodios, nos ayuda a comprender la importancia que tuvo la condición itinerante de Israel para configurarse como pueblo de Dios.

Desde el punto de vista teológico, la marcha a través del desierto muestra a un pueblo peregrino, cuya vida/muerte (salvación/condenación) se realiza en un camino. En el desierto, Israel experimenta lo que significa “marchar con Dios” (Mi 6,8). Yahvé acompaña y dirige al pueblo, sin privarle de la búsqueda y sin coartar su libertad. Israel deberá escoger una y otra vez, sin abdicar de su responsabilidad y corriendo el riesgo de equivocarse. Los errores reiterados llevarán a la vieja generación a cavarse su propia tumba en el desierto. Sólo la nueva generación entrará en la tierra prometida (García López, 2003).

2.2. Jesús, profeta itinerante

“También en las demás ciudades debo anunciar la buena noticia de Dios, porque para esto he sido enviado” (Lc 4,43). Varios textos del evangelio de Lucas nos presentan a Jesús en camino, como misionero peregrinante (Schmid, 1968). José Antonio Pagola define a Jesús como profeta itinerante. Jesús no se instala en su casa de Nazaret sino que se dirige a la región del lago de Galilea y se va a vivir a Cafarnaúm; probablemente lo elige como lugar estratégico desde donde puede desarrollar su actividad de profeta itinerante. Sus habitantes son gente modesta, muchos son campesinos que viven del producto de los campos y las viñas de las cercanías, pero la mayoría vive de la pesca. Al parecer, Jesús simpatiza pronto con estas familias de pescadores; le dejan sus barcas para moverse por el lago y para hablar a las personas sentadas en la orilla. Sin embargo, no se instala en Cafarnaúm.

Quiere difundir la noticia del reino de Dios por todas partes. Sabemos que recorrió los pueblos situados en torno al lago: Magdala, Betsaida, Corozáin; visitó las aldeas de la Baja Galilea: Nazaret, Caná, Naín; llegó hasta las regiones vecinas de Galilea: Tiro y Sidón, Cesarea de Filipo y la Decápolis. Se detiene en las aldeas del entorno o en las

afueras de la ciudad, donde se encuentran los más excluidos: personas de paso y vagabundos errantes que duermen fuera de las murallas. Las visitas las hace acompañado de un pequeño grupo de seguidores; al llegar a un pueblo busca el encuentro con los vecinos, recorre las calles, se acerca a las casas deseando la paz a las madres y a los niños que se encuentran en los patios, y sale al descampado para hablar con los campesinos que trabajan la tierra.

En las sinagogas, donde se rezaba, se cantaban los salmos, se discutían los problemas del pueblo o se informaban los acontecimientos más sobresalientes de su entorno, Jesús aprovechaba para dar a conocer la buena noticia del reino de Dios. Si había que pasar la noche fuera de casa, buscaba entre los vecinos personas dispuestas a proporcionarles comida y un sencillo alojamiento (Pagola, 2010).

Según el evangelio de Lucas, Jesús aparece continuamente en movimiento, recorriendo toda la región de Galilea (Fitzmyer, 1981). Esta manera de actuar, al parecer responde a una estrategia bien pensada. El pueblo no tiene ya que salir al desierto a prepararse para el juicio inminente de Dios. Es Jesús mismo el que recorre las aldeas invitando a todos a entrar en el reino de Dios que está irrumpiendo en sus vidas. La misma tierra en que habitan se convierte en el escenario para acoger la salvación, con signos que invitan a disfrutar de una vida digna de hijos e hijas de Dios.

En estas aldeas de Galilea está el pueblo más pobre y desheredado, despojado de su derecho a disfrutar de la tierra regalada por Dios; allí encuentra Jesús al Israel más enfermo y maltratado, sufriendo con más rigor los efectos de la opresión. La implantación del reino de Dios tiene que comenzar por el contacto directo y estrecho con las personas más necesitadas de respiro y liberación (Pagola, 2010).

“No lleven para el camino ni bastón ni morral, ni pan ni dinero, ni tengan dos túnicas. Cuando entren en una casa quédense en ella hasta que salgan de aquel lugar... Ellos partieron y fueron recorriendo los pueblos, anunciando la buena noticia y sanando enfermos por todas partes” (Lc 9,3-4.6). La vida itinerante de Jesús entre los pobres de Galilea es símbolo vivo de su libertad y de su fe en el reino de Dios. No vive de un trabajo remunerado, no posee casa ni tierra alguna... ha abandonado la seguridad del sistema para entrar confiadamente en el reino de Dios. Su vida itinerante al servicio de los pobres deja claro que el reino de Dios no tiene un centro de poder, pues se va gestando allí donde ocurren cosas buenas para los pobres.

Anselm Grün define a Jesús como el peregrino de Dios. El camino a Jerusalén es para Jesús tanto el camino de la muerte como el camino de la resurrección. Lucas presenta este camino como un ejemplo de nuestro propio camino. Nuestra tarea consiste en seguirle, pues el camino nos conducirá a la verdadera vida. Jesús ha bajado del cielo para caminar junto con los hombres y ser tenido en todo momento

como un huésped entre ellos. En Jesús, Dios mismo visita a los hombres para que de nuevo seamos capaces de vernos según el proyecto de Dios.

Jesús se hospeda una y otra vez entre los hombres y comparte con ellos su alimento. Por medio de su presencia procura su comida y su bebida. En las comidas compartidas imparte su enseñanza y muestra la especial inclinación de Dios por los pecadores (Lc 5,27-32; 15,1-2). Incluso después de la resurrección, Jesús se aparece a sus discípulos en el momento de comer; Él es el peregrino que acompaña a los discípulos y comparte la cena con ellos (Lc 24,30-35). El resucitado camina también junto a nosotros, a menudo como un desconocido, pero cuando compartimos nuestro pan con los demás se hace presente en medio de nosotros.

Desde antiguo los hombres han imaginado su vida como un camino. En las tradiciones espirituales vemos los distintos itinerarios espirituales que conducen hasta Dios. En tanto que seres humanos, estamos siempre en camino. No podemos detenernos. Nos transformamos caminando. Jesús entiende su vida como un continuo caminar: "Hoy, mañana y pasado tengo que continuar mi viaje" (Lc 13,33). Así también la vida del cristiano es un camino, entendido como seguimiento. Nuestra tarea consiste en seguir a Jesús. Eso significa que nunca vamos a tener un lugar definitivo (Lc 9,57-62). El camino que el discípulo debe andar implica estar libre de todo lazo humano y de toda obra construida por hombre, teniendo sólo a Dios como su verdadera casa. También implica saber relativizar el propio camino recorrido, para aceptar los desafíos de la cruz de cada día (Lc 14,27). Así la vida nos conducirá hacia Dios y la cruz se convertirá en la clave de la vida (Grün, 2007).

2.3. La misión vicentina, misión itinerante

"Es Dios el que nos ha llamado y el que desde toda la eternidad nos ha destinado para ser misioneros, no habiéndonos hecho nacer ni cien años antes ni cien años después, sino precisamente en el tiempo de la institución de esta obra" (De Paúl, 1992). Para san Vicente las misiones eran el ministerio más importante de la Congregación, el ineludible, todos los demás eran su complemento. En 1617, el soplo del Espíritu se le revela en un sermón en Folleville. Allí comenzaron las misiones populares y las caridades. De ahí va a surgir el proyecto de una fundación que después se llamará Congregación de la Misión. Seguramente todos los misioneros de San Vicente dieron misiones, para eso habían entrado en la Congregación. Es admirable leer la lista de las poblaciones misionadas. Así, pues, las misiones ad gentes fueron conquistando lo ánimos de los misioneros a medida que Propaganda Fide reiteraba su propuesta de confiar a la Congregación territorios donde la Iglesia no estaba implantada todavía (Ornelas, 2011).

Vicente de Paúl no parte de una teoría sobre la misión, sino de una mirada sobre la vida, y de unas llamadas que descubre en ella: “Yo no soy ni de aquí ni de allí, sino de todas partes a donde Dios quiere que vaya” (SVP IX, 30). Así, pues, el primero y el principal ministerio que San Vicente practicó y que quiso que la Compañía practicara fueron las misiones populares (XI, 10). “Emprenderemos, pues, la obra de las misiones, adaptándolas a las circunstancias de tiempo y lugar y buscando con esmero todas las posibilidades de darles nuevo impulso, bien para renovar y reconstruir la verdadera comunidad cristiana, bien para suscitar la fe en los corazones que no creen” (C. 14). Ya en sí mismo este número de nuestras Constituciones nos propone tres ámbitos de itinerancia: adaptar las misiones a las circunstancias de tiempo y lugar, darles un nuevo impulso y reconstruir la comunidad o suscitar la fe (Romo, 2007).

Somos itinerantes en respuesta a las diversas situaciones históricas, eclesiológicas, culturales y demás circunstancias que rodean a los pueblos a los que pretendemos dar a conocer el mensaje salvador de Jesucristo. Mantener nuestra identidad misionera dentro de la actual cultura y asumiendo los derroteros que propone la Iglesia en nuestros días exige una actitud de itinerancia, de “salida” (EG 24). Siempre hay que hacer el ejercicio de ubicarnos en el hoy y en el aquí, y hacerlo desde aquello que somos como seguidores de San Vicente. Con alguna recurrencia se escucha o se lee en forma de interrogante o como interpelación y hasta llamado de atención: ¿Acaso en nuestras provincias no se ha perdido este impulso misionero e itinerante que caracterizó a San Vicente y a los primeros misioneros?

Quien nos ayuda a definir la manera como Dios sigue atendiendo el clamor de los pobres en las actuales circunstancias es el mismo pobre. Revestidos del espíritu de Jesucristo y atentos al clamor de los pobres no será difícil recuperar o profundizar en la pasión por el pobre y por la evangelización de ellos. Siempre hay camino para dar a conocer a Dios a los hombres pobres, anunciarles a Cristo, decirles que el Reino de Dios está cerca y que ese Reino es de ellos y para ellos (XI, 387). Si podemos hablar de misión es porque Dios nos sigue acompañando y nos sigue inquietando para continuar. Dios sigue estando vivo y en Jesucristo nos acompaña cada día y especialmente en los momentos más complejos de la historia.

3. Implicaciones

3.1. *Un contexto cultural y pastoral para itinerantes*

La globalización de la sociedad técnico-científica, el pluralismo religioso y los diversos contextos culturales y eclesiales, nos hacen actores en nuevos y complejos fenómenos que exigen renovados planteamien-

tos teológicos y pastorales. Los medios de comunicación social con la informática, la telemática y la red de enlaces mundiales, han interconectado mundialmente la información, la economía, los mercados y las culturas, con la globalización de las ideas, de los productos y de las corrientes financieras, unidas a la urbanización, y convirtiendo al mundo en una «aldea global». Estos fenómenos han generado un nuevo paradigma de comprensión e interpretación del mundo, con un nuevo modo de percibir las cosas, de actuar y de valorar, que va conduciendo, a su vez, a una nueva cultura (Cadavid, 2011). Y si es nueva la cultura, es urgente el diseño del itinerario para proclamar a Jesucristo en este nuevo contexto cultural. El Papa Francisco advierte que el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Pues, cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien (EG 2).

Nuestros países tienen un contexto cultural en la gran mayoría de los casos afectado por fenómenos como la exclusión, los desastres ecológicos, la multiculturalidad, la pluralidad religiosa y la violencia, que exige a la reflexión teológica y a la pastoral propuestas contundentes, urgentes y pertinentes para afrontar los años venideros. En dichas propuestas, la tarea evangelizadora se está jugando su significatividad y credibilidad. La enorme multitud de víctimas, marginados y excluidos, arrojados al desplazamiento, la miseria, la mendicidad y el hacinamiento dejan muy mal plantados a todos los sistemas filosóficos, teológicos, sociales o políticos que tienen como tarea pensar y obrar la justicia y la dignidad de la vida humana.

El clamor de los pobres, cada vez con más fuerza elevado, no es respondido con puentes efectivos de inclusión y dignificación. Pareciera que los pobres, a los cuales los modelos económicos y hasta las reflexiones teológicas y los planes pastorales tanto han hecho referencia, si es que es muy incómodo decir que han ‘utilizado’ en su discurso, siguen sin ser escuchados oportunamente, ni incluidos efectivamente. Con frecuencia tenemos que reconocer que no ha sido posible devolverles una esperanza duradera, y asegurarles una auténtica y perdurable liberación de estructuras injustas y opresivas, sino que más bien cada vez son más víctimas de la exclusión obrada por los sistemas de mercado y de consumo, y condenados al olvido, a la miseria absoluta y a la muerte.

Sabemos que desde la teología y el Magisterio de la Iglesia, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Pues si

no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios (EG 89).

De la calidad y autenticidad de la opción preferencial por los pobres, que desarrolle actualmente la Iglesia, con la teología y con su tarea evangelizadora, están dependiendo la credibilidad de su espiritualidad y la vigencia de su propuesta de relación del hombre con Dios, con el cosmos y con sus semejantes. El método ya nos lo dio el mismo Cristo, que nació, vivió y evangelizó en la pobreza, solidario con los pobres.

Es hora de que la opción preferencial por el pobre, ya depurada y madurada, y sobre todo posicionada en la predicación pontificia, no sólo prometa ser una fuente fructífera para constituir una espiritualidad sólida, una vida en el Espíritu auténtica, que esté a la altura de los desafíos actuales de la globalización y de los diversos movimientos de ecología y de minorías étnicas, sino que se implique y ayude a teólogos y pastores, filósofos, historiadores, sociólogos, antropólogos, psicólogos, científicos, biólogos, físicos, hombres de Iglesia, hombres de empresa, hombres del mundo, católicos o sin serlo... a desplegar su compromiso inaplazable con el hombre y con el cosmos, a través de movimientos de liberación en medio de las condiciones de inhumana pobreza, explotación y sometimiento, capaces de seguir creando conciencia de la situación y garantizar la liberación integral de lo que limita e impide el ejercicio de la libertad y la realización de los seres humanos.

Como Jesucristo, el salvador, es quien libera al hombre del pecado, raíz última de toda ruptura de amistad, de injusticia y opresión, para hacerlo auténticamente libre, y para vivir en comunión con él y en comunión con toda la humanidad, la itinerancia que se contempla, se ora y se discierne tendrá de tal manera a Jesucristo que sea capaz de hacer de cada hombre el templo vivo de Dios, para que todos podamos encontrarlo en el encuentro con los hermanos y en el compromiso con el devenir histórico de la humanidad. La ininterrumpida acción del Espíritu nos está desafiando a expresiones nuevas en la espiritualidad y a aplicar los modos de acción del Espíritu que los teólogos han tematizado y sistematizado.

Las expresiones contrarias a esa existencia cristiana auténtica, de una manera muy patética las describe el Papa Francisco en su exhortación apostólica:

“Esta oscura mundanidad se manifiesta en muchas actitudes aparentemente opuestas pero con la misma pretensión de ‘dominar el espacio de la Iglesia’. En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparse que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la

Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. En otros, la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones. O bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica” (EG 95).

Y por este estilo y vibración de los términos continúa el Papa Francisco su reflexión en los numerales siguientes. Como insistencia que inquieta, ilumina y sintetiza, baste citar dos de las súplicas imperativas que escribe: “¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales!”... “¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (EG 97). Francisco más que hablar de su línea teológico-pastoral, la testimonia con el ejercicio de su ministerio, en el cual aparece la misericordia como hilo conductor y punto de referencia de su pensamiento: “La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia” (EG 112).

Así se puede advertir que Francisco por su experiencia de pastor y su alma latinoamericana abre las puertas a una nueva manera de formular la enseñanza y la teología desde el ministerio petrino, asumiendo expresiones de carácter popular para dar explicaciones o advertencias, y leyendo los acontecimientos desde la cotidianidad (Moronta, 2014).

3.2. Cristo: centro de la vida cristiana y de la Iglesia

El auténtico creyente reconoce y acoge en su vida, en sus pensamientos, palabras y obras la centralidad de Jesucristo, pues Cristo es el centro de la creación, de la historia de la humanidad y el centro de la historia de todo hombre. A Él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretengan nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de nuestra existencia se iluminan.

Esta centralidad tiene que ver directamente con la misión de Jesús. Acercarnos a la propuesta itinerante de Jesús es advertir que nos encontramos ante un personaje extraordinario, que transmutó los valores del mundo antiguo, judíos y paganos. Pues el Jesús histórico representa un nuevo paradigma de pensamiento y de vida, que luego se consolidará con el Cristo Resucitado y con la teología de Pablo. Así pues, el

comienzo del Reino de Dios conlleva la desaparición del viejo mundo y el nacimiento de uno nuevo, que implica un nuevo paradigma de pensamiento (Galeano, 2012).

El aporte de Jesús representa una transmutación de los valores: una nueva visión de Dios y del hombre, liberado del sometimiento a la naturaleza y a los ritos cósmicos; del sometimiento a los poderes socio-políticos y la desacralización del poder político, al igual que de los espacios sagrados; y la afirmación, desconcertante, de la primacía de los pobres y marginados de la sociedad sobre los ricos y poderosos. Con estos planteamientos, me atrevo a destacar siete revoluciones consolidadas y desencadenadas por Jesús de Nazaret y el Cristo Resucitado: religiosa, antropológica, cósmica, social, política, cultural y ética. Que serán a la vez siete escenarios donde se pueden trazar itinerarios concretos en la actividad misionera de la Iglesia. En los siguientes párrafos desarrollaré el contenido de cada ‘revolución-intinerario’, como elementos de ayuda para profundizar en el carácter itinerante de la misión y como maneras de analizar, interpretar y comentar la propuesta del Papa de “la reforma de la Iglesia en salida misionera” (EG 17).

3.2.1. *Revolución religiosa*

El cambio de paradigma, de la dependencia del cosmos a la historia, no se logró en breve tiempo. Los profetas lucharon por liberar a Israel tanto de la idolatría como de su sometimiento al cosmos. Ambas cosas están relacionadas, pues la idolatría consistía en adorar las fuerzas o fenómenos de la naturaleza. La Torá era expresión de esa dependencia respecto al cosmos. Jesús superó la ley, porque cambió las relaciones del hombre con Dios al modificarlas desde su asentimiento en la ley y cimentarlas en el “ágape”. La lucha de los fariseos contra Jesús es la protesta de la religión de la ley contra la religión del amor. El paradigma cristiano representa una revolución religiosa al proponer una nueva manera de vivir: el estar “en Cristo” mediante la fe. El cristianismo ya no busca la unión sagrada con el cosmos, sino la unión en el amor del “ágape”. Gracias a la fe, el cristiano puede llevar una nueva vida, que no depende del cosmos ni de la ley, sino del Señor de la gloria. No se depende, pues, de los poderes o fuerzas de este mundo sino del mismo poder de Dios. La salvación cristiana es un hecho personalista y nace de un acontecimiento histórico salvífico. La redención es un hecho histórico que tiene ante sí un futuro y la resurrección no es una realidad atemporal sino un evento también histórico.

En este tiempo también el Papa Francisco nos desafía a emprender un itinerario que implica una verdadera revolución religiosa:

“En su constante discernimiento, la Iglesia también puede llegar a reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo

del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente. Pueden ser bellas, pero ahora no prestan el mismo servicio en orden a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlas. Del mismo modo, hay normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas pero que ya no tienen la misma fuerza educativa como cauces de vida. Santo Tomás de Aquino destacaba que los preceptos dados por Cristo y los Apóstoles al Pueblo de Dios 'son poquísimos'. Citando a san Agustín, advertía que los preceptos añadidos por la Iglesia posteriormente deben exigirse con moderación 'para no hacer pesada la vida a los fieles' y convertir nuestra religión en una esclavitud, cuando 'la misericordia de Dios quiso que fuera libre'. Esta advertencia, hecha varios siglos atrás, tiene una tremenda actualidad. Debería ser uno de los criterios a considerar a la hora de pensar una reforma de la Iglesia y de su predicación que permita realmente llegar a todos" (EG 43).

3.2.2. *Revolución antropológica*

El cristianismo ha aportado un nuevo paradigma sobre el hombre, pues liberó a la sociedad del paradigma cósmico de pensamiento y elaboró una serie de utopías que pretendían crear un futuro mejor para la humanidad. "La humanidad vive en este momento un giro histórico. Son de alabar los avances que contribuyen al bienestar de la gente en el ámbito de la salud, de la educación y de la comunicación. Sin embargo, no podemos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas. Algunas patologías van en aumento. El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas. La alegría de vivir frecuentemente se apaga. Este cambio de época se ha generado por los enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que se dan en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus veloces aplicaciones en distintos campos de la naturaleza y de la vida. Estamos en la era del conocimiento y la información, fuente de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo...

Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del 'descarte' que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son 'explotados' sino desechos, 'sobrantes'...

Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano! Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano. La crisis mundial que afecta a las finanzas y a la economía pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo” (EG 53-55).

Hoy tendría Jesús de Nazaret que recordarnos que el dinero, la ciencia y la tecnología se hicieron para el hombre y no lo contrario.

3.2.3. *Revolución cósmica*

El cosmos es para el hombre, no lo contrario; el hombre está sometido a Dios no al cosmos, y éste le está sometido al hombre. Esta idea la resume el Papa Francisco en uno de los cuatro principios que propone “para la interpretación y la valoración de los fenómenos sociales”: “El tiempo es superior al espacio”. “Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamismos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos...

Este criterio también es muy propio de la evangelización, que requiere tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo. El Señor mismo en su vida mortal dio a entender muchas veces a sus discípulos que había cosas que no podían comprender todavía y que era necesario esperar al Espíritu Santo” (EG 221-225).

3.2.4. *Revolución social*

Los evangelios nos señalan la libertad de Jesús para asociarse con toda clase de personas. Se asocia con las categorías sociales marginalizadas por la sociedad judía de su tiempo. Escogió a los niños como modelos de apertura hacia Dios, rechazó la discriminación religiosa de las mujeres aceptándolas en su grupo, permitió que los leprosos se le acercaran y lo tocaran y utilizó su poder curativo para reintegrarlos en el pueblo santo, habló a los campesinos, gente despreciada por los fariseos, compartió la mesa con gentes reprobadas por la sociedad y mujeres de mala reputación. Todo esto indica una opción por la tole-

rancia social y religiosa. “Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas ‘para que las disfrutemos’, para que todos puedan disfrutarlas.

De ahí que la conversión cristiana exija revisar ‘especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común’. Una auténtica fe – que nunca es cómoda e individualista – siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos.

Si bien ‘el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política’, la Iglesia ‘no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia’. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo. Al mismo tiempo, une ‘el propio compromiso al que ya llevan a cabo en el campo social las demás Iglesias y Comunidades eclesiales, tanto en el ámbito de la reflexión doctrinal como en el ámbito práctico’” (EG 182-183).

3.2.5. *Revolución política*

El hombre antiguo estaba sometido al cosmos mediante las leyes, tradiciones y costumbres del grupo social al que pertenecía y a su organización política. La autoridad política no puede pretender un reconocimiento que sólo le pertenece a Dios. Jesús revolucionó el orden social y el Estado, al desacralizarlos: “Lo que es del César devolvedlo al César, y lo que es de Dios a Dios”. Así con la afirmación cristiana “debemos obedecer a Dios antes que a los hombres se ha destronado al Estado. “¡Pido a Dios que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo! La política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común. Tenemos que convencernos de que la caridad ‘no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macrorelaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas’. ¡Ruego al Señor que nos regale más políticos

a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres! Es imperioso que los gobernantes y los poderes financieros levanten la mirada y amplíen sus perspectivas, que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos. ¿Y por qué no acudir a Dios para que inspire sus planes? Estoy convencido de que a partir de una apertura a la trascendencia podría formarse una nueva mentalidad política y económica que ayudaría a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social” (EG 205).

3.2.6. *Revolución ética*

El cristianismo conlleva el paso de una ética basada en el cosmos a una ética basada en las relaciones humanas: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. La ética nueva del cristianismo significa también el paso a una ética que implica la valoración del pobre por sobre el rico, tal como aparece en las bienaventuranzas. En palabras de Nietzsche: “El evangelio es la noticia de que la felicidad está abierta para los pobres y los humildes, y de la guerra contra los nobles y poderosos. El cristianismo crece entre los difamados y los condenados, entre los leprosos de todas clases, entre los “pecadores”, los “publicanos” y las prostitutas, entre el pueblo más ignorante...”.

Al cambiar la idea de Dios y del hombre mediante el Crucificado, el cristianismo creó la nueva ética, basada en el amor y con predilección por los más débiles, pues el Crucificado es la revelación de lo que el hombre no quiere ser pero es. La imagen del hombre en el Crucificado es la eliminación de la ilusión del superhombre y de todas las quimeras que lo acompañan. El Papa Francisco escribe:

“Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro ‘considerándolo como uno consigo’. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo,

nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia: 'Del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis'. El pobre, cuando es amado, 'es estimado como de alto valor', y esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos. Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que 'los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino'. Sin la opción preferencial por los más pobres, 'el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día'".

La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria. Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Ésta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. Si bien puede decirse en general que la vocación y la misión propia de los fieles laicos es la transformación de las distintas realidades terrenas para que toda actividad humana sea transformada por el Evangelio, nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social: "La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos" (EG 198-202).

3.3. Una Iglesia misionera en salida animada por la alegría de Cristo

El Papa Francisco, desde la realidad misma de la Iglesia en América Latina y para la Iglesia en general, nos ha puesto a pensar en comunión con el pensar teológico de la Iglesia en los otros continentes, en un mundo global, de conciencia holística. "Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: 'Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión'" (EG 10). Si algo tienen la Iglesia y la teología cristiana para anunciarle y ofrecerle al mundo es un futuro nuevo.

No se trata de discutir quién tiene la verdad: ¿la Iglesia o el mundo? Se trata de que ambos tienen una verdad que debe integrarse con la otra, porque la verdad no es excluyente sino integradora. La encarna-

ción de la Iglesia en la postmodernidad conlleva encarnarse en el pluralismo. Todo esto ha sido uno de los logros más ricos de perspectivas abierto por el Vaticano II. Ahora le corresponde afrontar, acompañar y ayudar a guiar al pueblo de Dios que habita en la postmodernidad, con frecuencia desencantado y sin utopías, y sintiendo la tentación del neoliberalismo, del neoconservadurismo o de los fundamentalismos religiosos.

El deseo del Papa Francisco de una Iglesia pobre y amiga de los pobres no es sólo voz de la historia eclesial del continente latinoamericano, sino que es también la invitación a todos los fieles a seguir e imitar al Hijo de Dios hecho hombre, que siendo rico ha elegido ser pobre para dar a todos la riqueza de su condición divina... Por esto, lo que hace y dice tiene sabor de evangelio y hace intuir el poder de transformación y de salvación para todos de las palabras pronunciadas y vividas en primera persona por el Nazareno: “Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de Dios” (Forte, 2014). Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad. Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin “fidelidad de la Iglesia a la propia vocación”, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo (EG 26). “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (EG 46).

3.4. Una evangelización con itinerarios formativos y misioneros

“La construcción de un nuevo paradigma evangelizador pasa necesariamente por el reconocimiento de la insuficiencia del modelo actual para responder a las nuevas circunstancias que vivimos y por la actitud de conversión hacia una nueva manera de ser Iglesia y de evangelizar” (Bogotá, 2014). Como la misión la hemos de realizar en comunidad y como dimensión integradora de todo nuestro ser vicentino, también la itinerancia implica nuestra experiencia fraterna y nuestros procesos de formación permanente. Y es que hacer camino con el hermano ya es itinerancia, desde dentro de nosotros mismos y para la evangelización de los pobres al estilo de Vicente de Paúl; y cultivar nuestra formación también es hacer itinerario en el ámbito de nuestros pensamientos, contenidos y métodos.

Teniendo por cierto que la condición itinerante es misionera, es necesario fortalecer los espacios de reflexión a este respecto, revisando continuamente los métodos de la misión para encontrar nuevos caminos que nos lleven a buscar renovadas metodologías y a renovar nues-

tros materiales para la misión. Tener en cuenta la realidad de cada lugar que se va a misionar, ser claros en los recursos económicos para financiar la misión y aprovechar los medios de comunicación con los que se cuenta hoy en día.

Riesgos siempre van a existir. Algunos se pueden sopesar si se piensa la misión por etapas, si se le integra a los planes pastorales de la diócesis o de la parroquia, se le dedica el tiempo y espacio a la pastoral de modo que la gente perciba nuestra preocupación más por evangelizar que por otro tipo de motivaciones. Manifestar nuestro gusto y mística hacia la misión motiva a las personas a integrarse a la misión. Una buena preparación intelectual, espiritual, integral se convierte para los misioneros en una gran herramienta de trabajo, da seguridad y autoridad para anunciar el evangelio. Estar siempre con espíritu de disponibilidad para atender las necesidades pastorales de las personas.

Se me ocurre advertir algunos desafíos que actualmente nos plantea un estilo itinerante en la misión para emprender el diálogo de discernimiento serio, profundo e inaplazable:

- Entre todo tiempo pasado y cada tiempo nuevo.
- Entre refugiarse en la celda o confundirse en medio de las diversas pobreza.
- Entre seguir por los caminos conocidos pero obsoletos o recorrer senderos más eficaces y esperanzadores pero desconocidos.
- Entre apostarle a un proyecto comunitario o absolutizar el proyecto personal.
- Entre condicionar la caminata al ritmo y al estilo de cada integrante de la comunidad local o promocionar el ritmo propio y el estilo personal.
- Entre abrir nuestros espacios de íntima fraternidad a los “feligreses” o conservar algunas áreas para el encuentro exclusivo con los hermanos más próximos.
- Entre orar y trabajar según las necesidades de las diversas y cambiantes demandas pastorales o salvar tiempos y lugares para los integrantes de la comunidad local.
- Entre trabajar simplemente con los sencillos métodos o depender de la indetenible y siempre sorprendente oferta tecnológica.
- Entre figurar como el misionero insustituible en cada evento comunitario o apostólico o afirmar el protagonismo de los más relegados.

Retomar la misión itinerante, más que para abrir caminos nuevos es tarea inaplazable para volver al estilo de Jesús y de Vicente de Paúl y como respuesta urgente a las necesidades espirituales del mundo de hoy. Tener métodos misioneros nos ayuda a evitar la rápida fatiga del

misionero y de los destinatarios de la misión; comprender de manera gradual los contenidos de la misión; transformar nuestra misión haciéndola esperanzadora.

La Iglesia, a lo largo de su historia, ha sido representada con numerosas imágenes bíblicas, patristicas, modernas y contemporáneas. El Concilio Vaticano II habla de “figuras” o “símbolos” que revelan la naturaleza de la Iglesia (LG 6): “pueblo de Dios”, “sacramento de salvación” y “comunidad de creyentes” son las figuras que recuperan el sentido primitivo de la comunión eclesial o *koinonía*. Hoy las imágenes empleadas por el Papa Francisco quieren afirmar no solo el sentido de la comunión, sino también de la espiritualidad y de la evangelización.

Imágenes de la Iglesia como madre siempre atenta, que convoca, que toma la iniciativa, que vive entre la casa de sus hijos e hijas; como casa abierta del Padre, servidora de un diálogo difícil; en salida, pobre para los pobres nos están ayudando a construir un imaginario de Iglesia que necesariamente ha de encausarse en proyectos pastorales locales. Toda experiencia de evangelización como la está proponiendo el Papa Francisco, desde la figura de la Iglesia en salida misionera debe estar centrada en una espiritualidad que aporte sentido y con claras expresiones de comunión, de acercamiento a las periferias, con un esfuerzo continuo por involucrarse y respaldar la proyección pastoral ya emprendida por los agentes pastorales que llevan mayor trayectoria, propiciando la construcción de comunidad y buscando hacer partícipes de la experiencia de Iglesia al mayor número de fieles. Debe buscar que todas las acciones pastorales estén centradas e iluminadas por la Palabra de Dios, especialmente por el contacto directo con el Evangelio y el estilo cercano y familiar de Jesús. Debe ser promocional porque busca el acercamiento a cada familia y a cada persona, procurando desterrar indiferencias, miedos o agresividades, e incentivar la convivencia fraterna y la potencialización de los talentos personales, familiares y comunitarios.

Desde el paradigma de una Iglesia en salida misionera gran parte de la labor del evangelizador consistirá en escuchar a las comunidades y convivir en un medio cultural específico, interactuando con todo tipo de pobladores y participando de sus diversas actividades y de los encuentros, propiciar un ambiente de cercanía y acompañamiento a través de visitas familiares, en especial a los enfermos y los más vulnerables, compartiendo actividades domésticas, educativas, comunitarias, recreativas y callejeras con los más diversos tipos de personas; caminando bastante por todas las calles y caminos y entrando a todo tipo de casas y sectores, haciéndose visible y favoreciendo la cercanía y el diálogo informal.

El misionero itinerante, animado por el espíritu de *Evangelii Gaudium* debe ocuparse en aspectos tales como:

- Trabajar desde los signos de esperanza y hacer visible todo lo bueno.
- Partir desde el evangelio para sembrar valores y recuperar el valor de la vida.
- Intuir proyectos dignificantes, globalizantes, sostenibles, pertinentes y replicables.
- Desmontar las ideas y procedimientos que no están funcionando convenientemente en el progreso de la comunidad.
- Identificar las oportunidades para construir proyectos personales, familiares y sociales.
- Tomar conciencia de las creencias y prácticas de relaciones humanas desarrolladas en su entorno social y cultural.
- Identificar oportunidades y niveles de acompañamiento personal, familiar y social de manera sistémica.
- Recapitular y registrar todos los elementos que le permitan acercarse a todos los habitantes del sector donde hace presencia.
- Acatar los parámetros para ser paciente con los que han sido víctimas y asegurarles su presencia y compañía.
- Saber establecer espacios de acompañamiento y recuperación del equipo-comunidad.
- Privilegiar la escucha de las personas y formarse en esta pedagogía dejando que la gente cuente su propia historia personal.
- Identificar posibles líderes que se involucren en los procesos de anunciar a Jesucristo.
- Evitar a toda costa cualquier actitud de paternalismo o dependencia.

4. Conclusiones

El Papa Francisco nos está pidiendo que con actitud nueva comuniquemos y hagamos los que por tradición y carisma hemos recibido. La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera” (EG 23). Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie (EG 20). Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en

una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos (EG 87).

Hoy, en el “id” de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20). Al igual que Jesús, que pasaba largas horas en la noche de encuentro con su Padre, en compañía de sus discípulos, también el misionero itinerante debe finalizar cada jornada tomando atenta nota de cada uno de los aspectos observados para dialogarlos en oración y en discernimiento comunitario y pastoral.

La mirada y el discurso del misionero itinerante ha de buscar identificar y exaltar los signos de esperanza que va encontrando, que se dan abundantemente: presencia y compromiso de diversos agentes de pastoral, espíritu de solidaridad, interés por la promoción humana, espíritu trabajador, actitudes de fraternidad; disposición, libertad y empeño para apoyar los procesos y proyectos de la comunidad, signos de piedad, compromiso con la realidad y la pastoral, participación de niños y jóvenes en las actividades comunitarias y pastorales, procesos organizativos desde la participación de los laicos, confianza de las personas para acudir al sacramento de la reconciliación o para solicitar servicios de consejería y dirección espiritual, asiduidad en la participación de la celebración eucarística; así ésta elemental y discreta presencia se va consolidando como una escuela de vida para la misión y para construir comunidad.

Sintetizando y concluyendo esta reflexión sobre la importancia y las implicaciones de la itinerancia en la misión, hago referencia a lo que Antonio Rodríguez Carmona llama teología del camino profético y salvador, cuando dice que: “Dios Padre ha establecido un camino salvador. Hizo una promesa de salvación en el pasado y ya ha comenzado a cumplirse en Jesús y por Jesús, el profeta y único salvador; ahora la Iglesia tiene que recorrer su etapa de camino, dando testimonio y siendo instrumento de esta salvación como pueblo profético, hasta que llegue la consumación. El camino, pues, tiene cuatro etapas: Promesa, cumplimiento-Jesús, cumplimiento-Iglesia, cumplimiento-consumación” (Rodríguez Carmona, 1985).

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO, J. (1984). *Mysterium Salutis. Manual de teología como historia de la salvación. La Iglesia* (Vol. IV). Madrid: Cristiandad.
- BIBLIA, L.C. (1995). *Qué es la Biblia y cómo leerla*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas.
- BOGOTÁ, A. d. (2014). *El paradigma de evangelización en la arquidiócesis de Bogotá. Fundamentos teológicos y pastorales*. Bogotá: Instituto San Pablo Apóstol.
- CADAVID, A. (2011). *Historia de la Teología, síntesis teológica*. Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.
- DE PAÚL, V. (1992). *Conferencias a los misioneros 1632-1659*. Salamanca: CEME.
- DULLES, A. (1975). *Modelos de la Iglesia. Estudio crítico sobre la Iglesia en todos sus aspectos*. Santander: Sal Terrae.
- FITZMYER, J. (1981). *El Evangelio según san Lucas* (Vol. II). Madrid.
- FORTE, B. (2014). Sinceridad, sencillez, sobriedad: he aquí Francisco. *Seminarios*.
- FRANCISCO, S.S. (2013). *Evangelii Gaudium*. Ciudad de Vaticano: Editorial Vaticana.
- GALEANO, A. (2012). *Jesucristo un viviente misterioso. Señor y meta de la historia*. Medellín: UPB.
- GALLAGHER, M.P. (1995). Nuevos horizontes ante el desafío de la increencia. *Razón y fe*.
- GALLI, C.M. (mayo-agosto de 2014). El viento del sur de Aparecida a Rio. El proyecto misionero latinoamericano en la teología y el estilo pastoral de Francisco. *Seminarios, LX* (211).
- GARCÍA LÓPEZ, F. (2003). *El Pentateuco*. Navarra: Verbo Divino.
- GRÜN, A. (2007). *Jesús, imagen de los hombres. El evangelio de Lucas*. Navarra: Verbo Divino.
- MESTER, C. (1997). *La formación del pueblo de Dios*. Navarra: Verbo Divino.
- MORONTA, M. (2014). Francisco, Papa de la Nueva Evangelización. *Seminarios*.
- OÑORO, F. (15 de agosto de 2014). *Celam*. Obtenido de Cebipal: www.celam.org/cebipal/modules/lectioDivina/.../ps/07.09.06_002.doc
- ORNELAS, A. (2011). Vicente de Paúl y la Santa Sede. *Vincentiana*.
- PAGOLA, J.A. (2010). *Jesús Aproximación histórica*. Buenos Aires: Claretiana.
- RODRIGUEZ CARMONA, A. (1985). *Predicación del Evangelio de san Lucas*. Madrid: Edice.
- ROMO, B. (27 de septiembre de 2007). *Somos Vicencinanos*. Recuperado el 15 de agosto de 2014, de <http://somos.vicencianos.org/david/san-vicente-de-paul-y-la-mision-2/>
- SCHMID, J. (1968). *El Evangelio según san Lucas*. Barcelona: Herder.
- TSANGANDAHY, V. d. (1997). La misión popular en el contexto de una Iglesia joven. El caso de Madagascar. *Vincentina*.